

AÑO II

PRECIO: 10 CÉNTIMOS

NÚM. 12

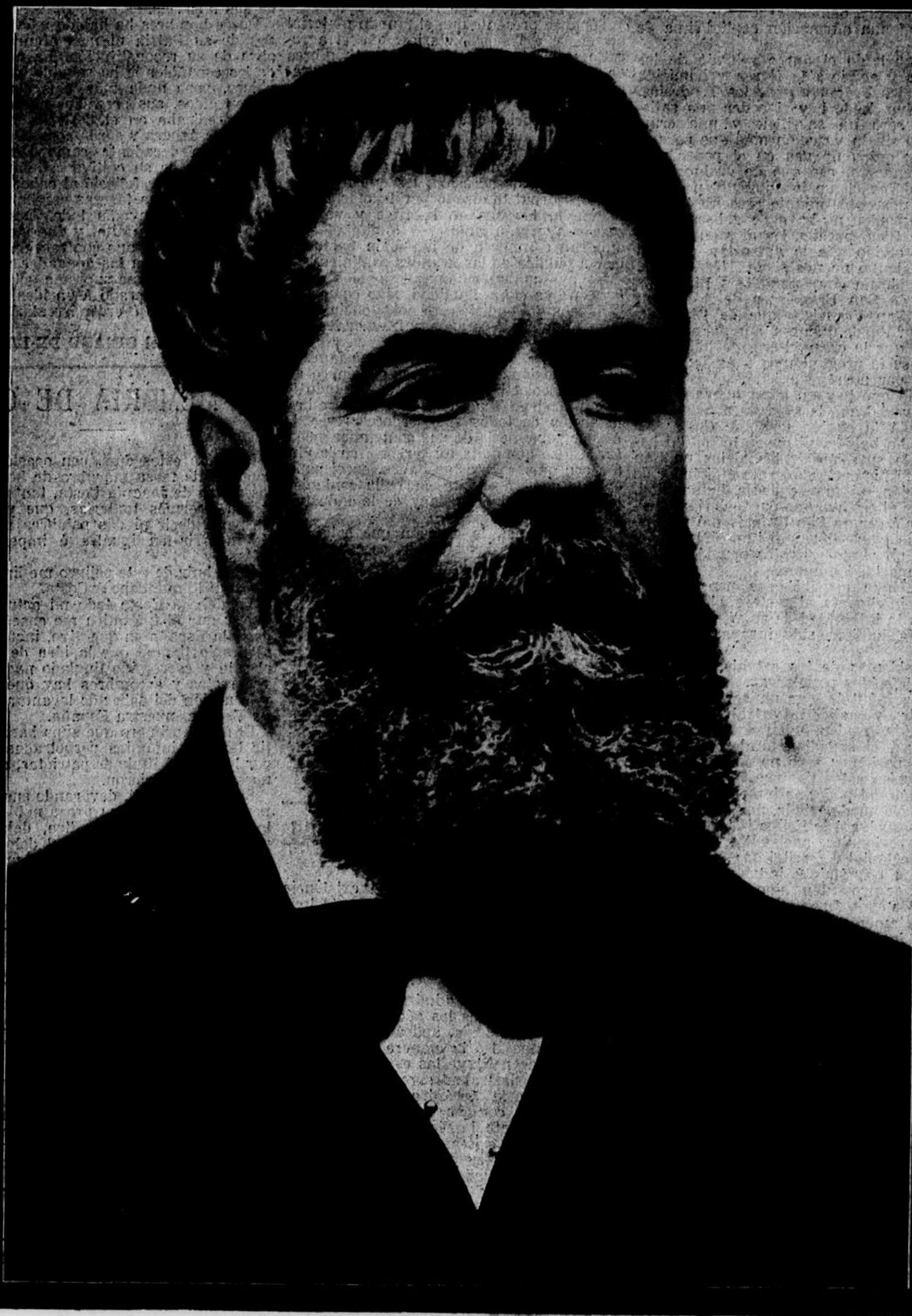
La Palabra Libre

Periódico republicano de cultura popular

Los originales que no hayan sido pedidos no se devuelven. De los artículos firmados responden sus autores.

Madrid, 26 de Febrero de 1911

La correspondencia a la Administración:
TESORO, 7, PRAL.



COSTA

Ayuntamiento de Madrid

JOAQUÍN COSTA

Como la inmensa mayoría de sus admiradores, desconozco la extensión de la calidad y de la cantidad de la obra de Costa.

Examinada y juzgada por los fragmentos en circulación, no por el conjunto metódico de sus obras, artículos y discursos, resulta ya grandiosa: crítica, censura, responsabilidad; y como consecuencia, acusación, sentencia y castigo; tomando como asunto las costumbres, la sociedad, la nación, el Estado; todo con admirable detalle, con precisión lógica, con evidente seguridad.

Pero Costa, imperfecto, como hombre, a pesar de su grandiosidad, padeció una equivocación que desvió su juicio y esterilizó su mentalidad.

Reconociendo la gravedad de la afirmación, procuraré demostrarla.

He aquí una afirmación capitalísima de Costa:

«Ha concluido el áureo reinado de los Augustos y empieza la férrea y homicida labor de los Trajanos y de los Teodosios. No será ya desde hoy el poder una satisfacción: será un sacrificio y una cruz. Quien no sienta vocación más que para el Capitolio; quien no vea en el poder sino sus esplendores, eso que de ordinario se ha mirado en él, un instrumento para decorar el miserable minuto presente del gobernante; quien no haya de gobernar por amor de Dios, puestos los ojos en la fosa y en el olvido que le aguardan para la hora siguiente, no nos sirve. Necesitamos en el Gobierno «impersonales»: Bismarks injertos en San Francisco de Asís, con más de San Francisco que de Bismark. ¿Los hay? Puede dudarse, aunque son muchos los que lo creen. Pero, de todos modos, no se lo preguntemos a nadie; inquirámoslo por nosotros mismos. Veamos si es verdad que hay un alma nueva en España y verbo que la sepa encarnar.»

Aquí está la equivocación de Costa: No hay, no ha habido, ni puede haber, ni habrá en la sucesión de los siglos un San Francisco Bismark autócrata o dictador de una nación, ni menos de la humanidad, porque si el ser humano puede derivar hasta llegar a ser un San Francisco o un Bismark, no puede llegar al imposible de reunir en un punto esos dos opuestos polos de la capacidad humana.

Costa, que concibió ese pensamiento; Costa el infelice, el austero, el incorruptible, en la integridad de su vitalidad e inteligencia hubiera sido incapaz de realizarle.

No hablemos de los actuales caudillos, jefes o jefecillos populares...

No; es inútil buscar un ser con forma de hombre y cualidades extrahumanas. En la Tebaida pueden hallarse hombres que practiquen el suicidio moral matando todas sus pasiones; pero no en el Capitolio, ni menos en estos tiempos en que la centralización del poder es inmensamente imposible. No puede existir, no va el autócrata que resuelva a lo Felipe II los conflictos locales, regionales, nacionales, internacionales, coloniales, religiosos, filosóficos, científicos, económicos, industriales y otros mil que se presenten, sino ni el autócrata construido ex profeso por un Sumo Hacedor.

Costa lamenta la abulia popular y censura la inconsciencia de las clases directoras.

He ahí dos puntos importantísimos que constituyen el problema actual del mundo, y sobre los cuales no se fijó tal vez suficientemente el águila de Graus.

Porque lo que parece abulia personal puede ser el desarrollo ascendente de lo pequeño a lo grande del programa de la Internacional; y lo que se tiene por inconsciencia de las clases directoras, quizá no sea más que fatal incapacidad burguesa.

Recuérdese que Pi y Margall dijo: «Es grande, es vigorosa, es rápida la marcha ascendente de la clase jornalera... Se pretende en vano detenerla, hoy en las coaliciones, mañana en las sociedades cooperativas; las toma como punto de parada y prosigue su camino. No tiene todavía un dogma, pero sí un principio: cree violada la justicia en todo contrato donde no sean reciprocos los deberes y los derechos, y quiere que se establezca esa reciprocidad en todas las relaciones humanas.»

Lo que corrobora este pensamiento de Proudhon:

«¿A quién debe la burguesía contemporánea ese esfuerzo sobre sí misma, esas demostraciones de vano liberalismo, ese falso renacimiento que nos haría tal vez creer la minoría parlamentaria, si no se conociera su vicio de origen? ¿A quién hay que atribuir esa luz de razón y de sentido moral que no ilumina ni es ya posible que resucite al mundo burgués? Sólo a las manifestaciones de esa joven conciencia, que niega el nuevo feudalismo; sólo a la afirmación de esa plebe de jornaleros, que ha tomado decididamente la delantera a sus antiguos patronos; sólo a la reivindicación de esos trabajadores, a quienes ineptos políticos de oficio niegan la capacidad, precisamente cuando acaban de recibir de ellos su mandato político.

«Que la burguesía lo sepa o lo ignore, su papel ha concluido; no irá ya más lejos, ni es posible que renazca.»

Téngase presente que el mundo material pertenece a los propietarios; que el agregado intelectual creado por los hombres de todos los países y de todas las generaciones pertenece a la generalidad de los privilegiados, y que de toda esa riqueza natural y social que se traduce en honores, poder, ciencia, arte, lujo, placeres, quedan excluidos, desheredados, los proletarios, los jornaleros, los sujetos al nuevo derecho de acesión, los que trabajan por un jornal tamizado por la oferta y la demanda, los que en horrible y vergonzosa mayoría permanecen analfabetos, ó enigran ó mueren de inanición hasta en la vía pública de las grandes capitales.

La humanidad es una: todos los hombres, no ya como finalidad, sino como origen, como condición de existencia, son esencialmente hermanos, y fraternales han de ser sus relaciones.

No vive sólo un hombre, ni una familia, ni una nación, ni una raza, ni género alguno de colectividad humana. En todo lo que interviene la acción de un hombre hay la acción de todos sus predecesores y la mayor parte de la de sus contemporáneos. En la idea que agita mi cerebro, en la pluma con que trazo estas líneas, en el papel en que quedan escritas se halla contenida la historia de la ciencia y de la industria de toda la humanidad.

Y siendo así, la división que establece la propiedad es insostenible, es contra natura, y todo el que lamenta sus efectos sin rechazar sus causas pierde el tiempo.

Y esa división, tanto como en los hechos, vive en las inteligencias de los reformadores, en el temor de los poderosos, en la esperanza de los hambrientos, y contra ella, y, por tanto, en pro de la unidad humana sólo alza su voz el proletariado consciente, único agente progresivo de la época, que reivindica para todo el mundo la libre participación de todos, sin limitaciones ni exclusivismos, en el patrimonio universal.

Anselmo LORENZO

EL MARTIR DEL IDEAL

Con no haber sido larga la existencia de Costa; con haber luchado durante toda ella con gravísima e incurable enfermedad, aquel espíritu excelso y fuerte halló espacio inmenso que poblar de grandes pensamientos, y lo que es mejor, de enérgicas acciones.

Porque si Costa es admirable como escritor, si cultivó todos los géneros, si sobresalió en la sociología, aplicándola al método experimental a la manera de paleontólogo que reconstituye las especies desaparecidas con destrabados restos de fósiles, si ahondó en la mecánica del derecho escrito y en la confusa y vieja floresta del derecho consuetudinario, si estudió el suelo y el subsuelo de España, si prodigó en libros inmortales su paciente labor de erudito y de observador, si erigió un monumento perdurable a la gloria y a la decadencia de nuestra raza, su acción como político, como combatiente, igualó, cuando menos, a sus merecimientos como pensador.

La energía patriótica de Costa cuenta con pocos precedentes en la Historia. Sin ejercer el gobierno, sin más recursos ni medios

de acción que su pluma y su palabra, inició, allá en las estribaciones del Pirineo, una nueva reconquista del espíritu nacional abatido por la catástrofe de 1898. Señaló los males, reveló los remedios, fustigó a los culpables, amparó a las víctimas, humilló a los soberbios, alentó a los abatidos.

Tuvo ardiente fe en el renacimiento y la regeneración de España, durante aquel breve movimiento nacional con que terminó el siglo XIX y comenzó el siglo XX, combatido por la monarquía, tibiamente amparado por los republicanos.

Vuelta la espalda a los partidos, causantes todos de la ruina de la Patria, estrechó sobre su animoso corazón, con amor de padre, a su raza infortunada, que personificó tiernamente en el labriego de calzón corto que sacude de sus alpagatas el polvo de la tierra de España para buscar en las lejanías del Océano con el pan el olvido de sus miserias.

Pocos hombres ha habido más apasionados de su Patria ni más afanosos en la obra de su reconstitución. La admiración de los españoles le ha seguido hasta el sepulcro, pero nada más. Sus consejos no fueron oídos, sus presagios no se atendieron; predicaba en el desierto, hablaba a una raza áspera y sorda como Camoens, a un pueblo decadente como Demóstenes. Las tierras de su cultivo estaban yermas y exhaustas. Desfalleció al cabo; su férrea mano no tuvo ya fuerzas para arrancar la cizaña que lo invadía todo. Desalentó, y esta fué su única falta, y duerme el sueño de la muerte con una contracción de llanto en los labios y en las apagadas pupilas la cristalizada lágrima suprema del amor imposible y desesperado a un ideal desvanecido y que llegó a creer irrealizable.

Rafael GINARD DE LA ROSA

EN MEMORIA DE COSTA

He leído estos días, con ocasión de esa repugnante farsa macabra de homenaje a los restos de Joaquín Costa, tantos dislates y tan enormes tonterías, que yo no me atrevo a decir ni dos palabras por temor de incurrir en iguales é imperdonables faltas.

Para huir de este peligro me limito a decir aquí lo que debo a Costa.

Yo debo a Costa todo mi actual patriotismo; que él fué quien me enseñó a maldecir la España en que vivo, inculcándome al propio tiempo que la idea de deshacer el ruin y carcomido tinglado nacional, cuyos restos y escombros hay que aventar, y la noción del deber de levantar una nueva España, nuestra España.

El fué el primero que supo hacerme sentir las mil infamias perpetradas a diario por los que, a título de patriotas, nos arruinaron y envilecieron.

Sufriendo con él, devorando sus enormes penas, diluidas en su prosa noble, vibrante y hermosamente castiza, dejando que mi alma se retorciese en el dolor, que se ahitase de crueles amarguras, pude llegar a la inmensa alegría de presentir y de anhelar otra España.

Mi dolor fué más grande porque yo creí ver el daño más hondo y el mal más extendido de cómo Costa los pintaba.

El patriótico ilustre fulminó sus bíblicos apóstrofes contra los políticos, y no vió que éstos eran un producto tan castizamente español como todos los demás elementos de la vida nacional: fruto sazonado en un medio de inmundidades y de bajezas.

En el campo en que florece el inmundoso cacique y el político falsario, nutre sus raíces el comerciante ladrón, el militar majo, el juez cohechador, el maestro ignorante, el sacerdote bestial y el ciudadano siervo.

Si queremos honrar a Costa los que legítimamente lo tenemos por nuestro, ¡cuánto y cuán patrióticamente tenemos que laborar!

Y no lloremos; que no es cosa de que las lágrimas sinceras se confundan con las que externamente derramaron las *plañideras profesionales*, las que gimen ante los restos inanimados del hombre que abandonaron y escarnecieron en vida.

Augusto BARCIA

COSTA Y LOS JOVENES

UNA CARTA DEL MAESTRO

Graus, 4 de Junio de 1909.

Sr. D. Prudencio Iglesias:

Mi distinguido amigo: La librería V. Suárez me envió el libro de usted y leí unos pocos capítulos de él. Después recibí otro ejemplar sin indicación de procedencia, pues no contenía ni siquiera una tarjeta de visita; por lo cual no pude acusar recibo. Ahora sé que fué usted el remitente. Reciba la expresión de mi agradecimiento y disponga, si le conviene, del ejemplar, cuyas hojas no están cortadas.

Ha demostrado usted condiciones sobresalientes para el género, aunque á menudo (por ejemplo, hablando de J. Costa) se haya precipitado, dejándose arrastrar de la leyenda. Le debo personalmente profundo agradecimiento por su voluntad, pero no puedo aprobar. Excúseme: no puedo poner tiempo en una crítica; ya hice sobradas cuando era joven y estaba sano: ahora, hasta el tiempo para trazar estas líneas lo usurpo.

Me dice que es joven, muy joven y, sin embargo, le veo desesperado y en trance de condenar á las llamas un libro inédito. ¿Por qué? ¿Porque no ha colocado la edición y no saca ni para los gastos? ¿Porque los periódicos no han dedicado al libro ni un suelto? ¿Porque el único crítico no lo ha leído todavía, ni trazas? ¿Porque los biografiados y favorecidos no le han dado las gracias? ¿Porque aquellos á quienes ha ofendido usted el libro no han acusado recibo?

Con un poco de experiencia todo eso lo habría tenido descontado desde antes de imprimir, ahorrándose el desengaño. Fuera de media docena de escritores, nadie coloca sus ediciones ni cubre gastos; en España no leemos, no hacemos más que escribir; el escribir para el público no es un oficio, sino un deporte, y naturalmente, cuesta el dinero, lo mismo que tener automóvil ó ir á los baños. Los periódicos, ni aun para los que somos viejos, tienen nunca una línea disponible como no se pague. Los biografiados ó retratados están cercados de cuidados, andan siempre á caza del minuto y no pueden hacerse cargo de nada ni ocuparse de los demás, escribir artículos bibliográficos, ayudar al autor á levantar la carga... ¡irse á tierras más nobles! Pero, ¿dónde están? En Francia, en el resto de Europa, la *struggle for life* no es en sus manifestaciones menos dura y amarga, pues si bien hay un poco más de margen por ser mayor su población, su cultura y su riqueza, también la oferta es mayor. Allí, como aquí, *homo homini lupus*.

1.º Nada de rasgar el libro *Horas*, etcétera. Yo no sé si por el carácter de él servirá para una biblioteca que edita en español (para América) la casa Ollendorf, de París. Ofrezcaselo á su representante allá D. Juan Jerique (con el libro *De mi museo*), que vivía el año pasado en el boulevard Batignolles, 28. Donde viva ahora podrá decirse en esa corte D. Luis Morote, que, al menos el año pasado, era representante de dicha casa editorial en España. También deberá hablar con él del libro de usted. Si se arreglasen, tómese unos meses para nutrirlo y le *semanier* si, como puede temerse, es una improvisación precientífica en el gusto de nuestra juventud intelectual, no hecha al *nomen prematur in annum* de Horacio y Boileau.

2.º y principal. No piense más en libros si no es rico, hasta que tenga base física; y si lo es, hágalos despacio; cien horas de estudio y de meditación por media hora de escribir, y todavía me corro. Si ha de vivir usted de su trabajo y es abogado, dedíquese los años necesarios á hacer dos ó tres oposiciones á plazas de juez, registrador, abogado del Estado, Consejo de Estado, etc., entrando en ejercicios armado de mucha paciencia y correa, para no desesperarse á las primeras de cambio con las injusticias del tribunal, las villanías de los compañeros, etc., y no perdiendo de vista que para cada vacante hay de cinco á diez pretendientes, y que todos, menos uno, han de quedarse sin plaza. Salvo cuando se trata de un Cuerpo abierto. Al mismo tiempo podría intentar colocar alguna crónica en rotativos, alguna corresponden-

cia en periódicos americanos, etc., en previsión de que mañana lo necesite ó le venga ó agrade.

3.º A América, sólo en última extremidad. Por todas partes hay sus dos, y aun sus dos mil leguas de mal camino. Salvo el caso de ir á tiro hecho, porque se le brinde abierto ya colegio, periódico de arraigo, bufete, etc.

El problema de usted no es de usted, sino de muchísimos millares de jóvenes.

Haga usted lo que ellos acaban por hacer, pues otro remedio no existe; sin que le detenga, por rigidez ó por cobardía, la conciencia de su superioridad y de su valer. ¡Valer! Nadie tiene otro, para los efectos prácticos, que el que quieran reconocerle los demás; y este reconocimiento es obra lenta, aquí y en todas partes: no basta mostrarse un día para ser aclamado.

De usted adicto y obligado amigo,

Joaquín COSTA

Tiene usted que perdonarme de que no escriba más, porque no depende de mí. Harto he infringido mi regla, forzada esta vez.

LA SOMBRA DE COSTA

La carta que precede fué recibida por mí á los pocos meses de la publicación del libro *De mi museo*, y como contestación á otra que yo le había escrito á D. Joaquín Costa pidiéndole consejos para ciertas desesperaciones mías. Desesperaciones muy explicable—á ratos—en un joven de temperamento ardiente, lleno de entusiasmos y de sinceridades, y que tiene la desgracia de vivir á la hora de ahora en esta tierra donde ya no hay ni vehemencias ni esperanzas.

La carta de D. Joaquín no es—como se ve—ningún blasón glorioso para mí. Costa, muy fundadamente, no creía en mi inteligencia. Bien es verdad que yo tampoco creo. Pero D. Joaquín no acertó á ver en mí sino esa sola verdad de mi falta de talento; no barruntó al hombre de indudable temperamento y voluntad, capaz de hacer algo más que unas oposiciones. Y si no, al tiempo.

Hay en la carta de D. Joaquín párrafos admirables de forma y pensamiento, que merecieran ser grabados—para la juventud—en mármoles. Esa leve amargura fuerte y sana que palpita en la carta de Costa, puede enseñar á los jóvenes verdades que no deben nunca olvidar; verdades que ellos, por la cuenta que les tiene, no olvidarán.

Yo no tengo nada que ver con esas verdades. Esas verdades son de una utilidad noble y práctica que no puede negarse; yo no la niego. Pero creo en unas mentiras más nobles y mucho menos prácticas. Y con éstas me va mucho mejor. Quiero dejar dicho aquí, para siempre, que á mí no me da la gana de preocuparme del porvenir; que no me importa nada la base física de la vida; que me importan menos las consideraciones sociales que las gentes puedan concederme ó negarme; que la misma humanidad me importa tan poco que, si no pudieran tomarse sus gestos como espectáculo, yo ya hace tiempo que le hubiera vuelto las espaldas.

Preocúpense los jóvenes de España—como ya lo hacen—de la vida, si quieren vivir bien. Que á mí la vida no me hará mucho mal: hasta ahora, mal que bien, la voy casi venciendo. El día que pretenda sujetarme los brazos, le exigiré á gritos que acepte mi dimisión, la cual, conste, se halla ya presentada por mí sin fecha.

Un suicida es eso, ¿verdad?: un ministro ó un gobernador dimisionario que abandona con corrección y gallardía su puesto.

Y yo, hasta ahora, no valgo menos que cualquier alcalde ó consejero.

En la carta de D. Joaquín hay un párrafo, una frase, que no debe pasar sin marcha fúnebre. Dice el que vivió solo con los suyos en Graus, y murió molesto por los ajenos, en Graus también, que los periódicos no tienen para los viejos ni una sola línea disponible como no se pague.

Claro está que esta frase hay que comprenderla con una grandeza aproximada á la que Costa le dio. No hay que tomarla en su medida literal. Su valor es más alto y más puro.

A Costa en vida se le negaron consideraciones. Consideraciones que, después de acaecida su muerte, pretendieron ponerle al pie de su cadáver, mezcladas con flores de trazo y tópicos ramplones, estúpidos y desleales.

Es necesario que se acabe ya con esta farsa nacional, que nos ahoga y envilece. Es necesario que se sepa y no se olvide que tales y cuales periódicos, que tiran tantos miles de ejemplares, no guardan entre sus líneas ni dos adarines de sinceridad. Es absolutamente preciso que sepa quien pueda y sea capaz de no olvidarlo, que la prensa en España no significa opinión, ni verdad, ni nada alto. Significa, única y exclusivamente, comercio.

Yo no he leído periódico más inferior que uno cualquiera de esos, como no sea el otro que está á su lado. Esos periódicos, mal escritos y peor pensados, no son más que *puestos de castañas* donde se comadre y se adoban los embustes bajos de la vengencia. El partido liberal contra el conservador, éste con el carlista, todos contra el radical, y el radical contra el clero, y el clero contra el sentido común. Y el sentido común apartado de todos, paseando, silencioso y sereno, al pie de las montañas, por las orillas de los ríos, al lado de los áureos campos de trigo, pensando que esas miserables gentes políticas que se disputan sin honor la bienandanza, son las que condenan á la miseria á los trabajadores del campo y las que condenan á muerte á los forzados de la guerra.

Es necesario que todas esas desigualdades se acaben. Los trabajadores del campo debieran tomar un día por asalto las ciudades. Estas, entonces, se ennoblecerían. Cada una de estas ciudades miserables de Europa crecería históricamente hasta tomar las proporciones épicas de aquellas ciudades inmortales robadas por Inglaterra al Transvaal. Habría entonces hombres nobles, fuertes y buenos, como el viejo Kruger, ó el general Botha, ó Delarey, que regirían nuestros destinos, que mandarían nuestros ejércitos. Los jóvenes del porvenir no pensarían como los de ahora en Europa, en cazar ricas herederas ó altos puestos sociales. Creerían en la Patria, en la Gloria y el Amor. Creerían en la Vida y en la Muerte. Abrirían los ojos asombrados cuando oyeran hablar á algún menegado de las leyes del egualismo. Y llegarían á viejos, como Kruger, adorando como mozos á la Patria, á una mujer, y guardando en el corazón, tan frescos como el primer día, los recuerdos más nobles de la infancia.

Cada día, en Europa, los jóvenes quieren menos y peor. En la vida es necesario un sueño, una ilusión, para alentar. Que cada joven busque una mujer hermosa, inteligente y de corazón rojo y leal á quien querer. Europa, de este modo, quizá vuelva á tener amaneceres triunfales en su historia.

Aunque es posible que no. Europa es una anciana imbécil: un fósil.

Los pocos hombres inteligentes y de temperamento fuerte y combativo que en ella viven están deseando dejarla. A uno de estos hombres lo conozco yo. Y de que ese hombre reniega de estas tierras, respondo yo también.

P. D.—Hubo un tiempo en que yo respeté ciegamente á D. Joaquín Costa. Continué respetando ciegamente su memoria. La prueba de que la respeto está en que hoy no me atrevo á profanarla arrojando sobre su tumba frases parecidas á las que arrojé sobre ese cuerpo muerto media España.

El dolor no ha sido nunca vocinglero.

El dolor es mudo.

Esto demuestra que todavía hay clases, es decir, hay razas.

Prudencio IGLESIAS HERMIDA

14 Febrero 911.

La falta de espacio nos impide ocuparnos en este número de la campaña que va á emprender la Juventud socialista contra la ley de Jurisdicciones, y á la cual quedamos adheridos desde luego.

Allá en la roca más alta un hombre que vivía aislado y recluso en su cabaña lloraba la derrota de la tribu y meditaba en su porvenir. Hasta él llegaban de vez en vez noticias de los desmanes de Kum, y poco a poco fué concentrándose su odio sobre el jefe de la tribu, hasta que un día bajó al llano, reunió a los guerreros y les dijo: «Kum es el culpable de vuestra miseria. Os concedió el derecho de esclavizar para que no advirtierais la tiranía que en vosotros ejercía. No os acordéis del pasado; olvidad grandezas que avergüenzan. Esas aguas que hoy producen muerte, hacellas correr y difundirán vida. Abandonad la caza y laborad la tierra, que es madre pródiga y devuelve en frutos el sudor que sobre ella se vierte. Kum es el culpable de vuestra derrota: vengadla en él arrojándolo lejos de vosotros.»

Los guerreros quedaron pensativos ante el extraño discurso. ¡Labrar la tierra!... ¡Era ciencia desconocida! ¡Derribar a Kum!... ¡La religión lo impedía!

El loco volvió a su cabaña y en ella siguió pensando y meditando, con toda la amargura recogida en su fracaso.

Mientras, en el llano, unos hombres más envidiosos de la influencia de Kum que amantes del bienestar de la tribu, aprovecharon el malestar de ésta y las ideas del solitario para inspirar confianza a la plebe y amenazar a Kum con sus iras, si no se avenía a compartir con ellos su poder. Se llamaron mensajeros del solitario, y la multitud formó con trozos de árboles unas andas en las que subieron a los idolillos. Estos, atacados de vanidad y envidia, riñeron entre sí, y cada cual iba seguido por un grupo de guerreros que los aclamaba como salvadores. La plebe acudía alguna vez debajo de la Peña en que el loco tenía su choza, y ante su doliente clamoreo asomaba éste y lanzaba a los idolillos apóstrofes, que llegaban a los oídos de las gentes inarticuladas por la distancia.

Kum, en tanto, miraba inquieto los penáscales, temeroso de que bajara el solitario. Sus secuaces le disuadían del temor. Era el único que podía inspirarlo; pero estaba parálítico.

Un día, los guerreros tiraron las andas y rodaron los idolos. Convencidos de que el solitario era el verdadero redentor, treparon peñas arriba decididos a ponerlo en el lugar del tirano. En la cabaña encontraron su cadáver, caliente aún. Con piedras y árboles levantaron en la roca un monumento funerario. Muerto, le hicieron el primer homenaje. Desde la altura miraron al llano, en el que los idolillos parecían insectos, y convencidos de que en aquellos penáscales no alcanzarían nunca el bienestar ansiado, fueron a diseminarse por aquellas tribus que en otro tiempo dominaron.

Y en aquella estribación de la sierra no quedó más vestigio de los guerreros que aquel monumento funerario levantado por una raza impotente en la que el infortunio no pudo engendrar un impulso demodador.

Enrique BAREA

EL HOMBRE ÚNICO

El lado más trascendental de Costa en su papel de hombre grande de la Patria, me parece a mí que no era la sabiduría. Lo trascendental de Costa para España, para ser levantador de España, estaba en su corazón. Su fuerza inmensa estaba en el sentimiento profundo por la inferioridad de la Patria, en sentir de verdad el dolor de la Patria, en sentir de verdad el desastre y la caída de la nación, en haber sentido de verdad la espantosa tragedia de los cien mil soldados muertos, horrores que no han indignado, ni espantado, ni conmovido a ninguno de los que se llaman grandes hombres dentro de la monarquía y de la República.

En este sentido de la emoción, Costa era indispensable hombre durante algunos años todavía para la salvación de España.

El era infundidor de espíritus, sembrador de almas. Y para las muchedumbres atónitas, sin sensibilidad por degeneración ó por defecto de civilización, lo más necesario es un apóstol con iras santas, con gritos de horror, con verbo que golpé las conciencias y con himnos de amor que estremecan corazones de emoción, de glo-

ria. Costa era el hombre único que podía haber unido las muchedumbres para una acción de levantamiento patrio, porque era sencillamente el poeta del dolor nacional. Sus manifiestos conmovían hasta las piedras, desgarraban el alma de los pocos iniciados que hay en España y estremecía como un amor las entrañas de la muchedumbre. La gente, la multitud, no le conocía absolutamente antes de 1903, y, sin embargo, como habló más conmovedoramente de la miseria española y de la matanza horrible de 100.000 soldados, la multitud, insensible ó degenerada, se conmovió de patriotismo y de dignidad. Ella no entendía de sabiduría, ni sacaba consecuencias de sabiduría; lo que se despertaba en su interior era el quejido y los gritos de arriba el corazón que daba el despertador de hombres.

Todos los demás hacen discursos, hablan bien, tienen hasta sabiduría. Pero no son iluminados, no son generosos, no son sentimentales, no son poetas de la civilización. Así es que no dan frío ni calor; pasan sin emocionarse; no dejan en las filas la trepidación profunda de los héroes que llevan a la victoria...

Nadie ha sentido como él el tremendo dolor de la Patria, mermada, incivilizada y pobre. Por lo que lloraba, maldecía y trabajaba, parece que toda la Patria lloraba por un solo corazón inmenso...

Fué una lástima que la Naturaleza cometiera la crueldad de no dejarle recorrer el país, de meseta en meseta y de montaña en montaña. Sin necesidad de saber todo lo que sabía aquel grande hombre, sólo con la noción de Patria y de piedad, hubiera civilizado la nación de Norte a Sur y de Este a Oeste. Unas veces apretando el corazón y diciendo ¡hijos míos!; otras veces levantando las manos para maldecir; otras veces tronando contra la cobardía y el deshonor.

¡Oh! Me están dando ganas de coger sus discursos y marcharme por los campos a predicar y a indignar.—Aldeanos: ¡sois unos capones. Os mataron doscientos mil hijos, sin gloria y sin provecho, y no lo habéis vengado. Os tienen en hambre de todo, de pan y de vida hombril; os echan de la Patria y no tenéis corazón para nada... ¿Qué hombre de los sabios, de los oradores, de los políticos está en emoción tan grande del sentimiento de Patria como el que ha muerto?

Fué una lástima que la Naturaleza le impidiera correr el país de meseta en meseta y de montaña en montaña. Y ha sido más lástima aún que este hombre haya muerto en la santidad estéril de no haber podido firmar ninguna sentencia de muerte...

R. SANCHEZ DIAZ

LA TUMBA DE COSTA

Efectivamente, llegó el día de las alabanzas y la justicia se le hizo después de muerto.

Duerma tranquilo el coloso.

No somos eunucos, no. Ved con qué gran furia nos disputamos el cuerpo inanimado, la materia; el espíritu fué despreciado en vida y ahora quizá lo olvidemos.

Duerma tranquilo el querido maestro.

Le levantaremos un monumento, pero no el que anhelaba; no por el que trabajó, por el que dejó inolvidables enseñanzas; no el de una España grande, sino uno de vanidad, que cueste mucho dinero, ostentación de mármoles y bronzes.

Yo creo que nadie mereció guardar sus restos.

Esa disputa entre Graus, Zaragoza y Madrid es lo mismo que el concurso de celo por rendirle honores entre los eunucos que le abandonaron en vida, los malos españoles que no le oyeron y los que se burlaron de él, esos mismos que le brindaban a la postrera hora los auxilios espirituales.

Sólo hay una tumba digna de él, que, como el león de Albrít que soñara la fantasía de Galdós, sólo veía las cosas grandes, los campos, el mar, el cielo.

Sólo hay una tumba para él: el mar.

R. MARTINEZ SOL

UNA CUARTILLA INÉDITA DEL MAESTRO

REINAR DESPUÉS DE MORIR

(Apunte para un discurso en C rtes.)

En 1808 abdicó la dinastía y el pueblo español atentó contra sí, cometiendo la torpeza de no acoger con júbilo la abdicación y aclamar al honrado José I. En 1868 la dinastía fué destronada y el pueblo español insistió en suicidarse, repudiando al noble Amadeo I y dejando restaurar aquella dinastía que, como la de doña Inés de Portugal, sigue reinando después de muerta.

Si no nos apresuramos a provocar una tercera..., y a la tercera va la vencida, España no reaparecerá jamás en el mapa; el eclipse de España en el mapa de la civilización será definitivo.

Joaquín COSTA

Hablando de Costa

Se celebraba en Zaragoza aquella memorable Asamblea municipalista que, á ser otro este pueblo casi agónico, debiera haber revolucionado su vida política y administrativa.

A saludar á Costa, que se hospedaba en el hotel Oriental, fueron numerosas comisiones de los republicanos de los distintos distritos y círculos de la población. Entre éstos nos encontrábamos algunos muchachos de la Juventud Republicana.

Plugo á D. Joaquín que nos colocásemos todos los jóvenes en redor suyo y delante de los republicanos en plena hombría.

Y comenzó á hablar. De las muchas cosas que nos dijo, tan sabias y tan admirables, ninguna se destaca en nuestra memoria como este símil, que hizo enrojecer á los zagueros:

—Yo no soy partidario de las juventudes porque creo que la política no es cosa de chicos, sino de hombres, y, además, porque sospecho que les ocurre á los jóvenes lo mismo que á los borriquillos. Durante su juventud son graciosos, juguetones, amigos de corretear y hacer movimientos rápidos y donairosos; son también un poco rebeldes para llevar carga alguna... ¡Son cosa maja los borriquillos! Pero después, cuando la edad los hace reflexivos y sensatos, pierden toda aquella gracia, toda aquella agilidad, y entonces, cargados como unos burros que son, los vemos caminar con paso lento, tardo, desmayado, incapaces de toda rebeldía. Y en esta edad sólo piensan en el pesebre y apenas saben otra cosa que mover las orejas estúpidamente...

Nuestras risas juveniles interrumpieron al maestro. Sus últimas palabras, dichas con acentos y ademanes de patriarca, tan elocuentes como exactas, habían pintado en nuestras imaginaciones un grande y flaco burro que caminaba con lentitud desesperante, con la cabeza caída, moviendo las enormes orejas como Costa había dicho, estúpidamente.

Creemos que nuestras frescas risotadas ofendieron gravemente á los maduros republicanos que, á nuestra espalda, escuchaban en silencio al apóstol...

Bien es verdad que algunas horas después demostraron suficientemente que Costa tenía más razón que un santo, si los santos han tenido razón alguna vez. Vino Costa á Zaragoza con el decidido propósito de hacer la revolución, y los burros, incapaces de toda rebeldía, siguieron con la carga, moviendo las orejas.

Excepto los jóvenes y media docena de viejos canos, cuyo corazón tiene siempre veinte años, nadie oyó ni entendió sus palabras.

Cuando Costa proclamó la República en Zaragoza y pidió al pueblo que la extendiese á toda España, decían los asnos:

—«¿Qué ha dicho?»

Y viendo en peligro el pesebre ó el lacerado pellejo, huían con las orejas gachas...

Pocos días después algunos jóvenes de todas las edades, delatados por los traidores y los asnos, ocupaban las celdas de castigo de la cárcel de Predicadores...

J. GOMEZ DE FABIAN

COSTA, ÍNTIMO

Gracias á la amabilidad de una persona que disfrutó de su amistad íntima, y á quien el llorado maestro distinguió con su confianza, podemos ofrecer á nuestros lectores interesantes detalles de su vida, opiniones sobre asuntos de gran importancia, frases donde se revelaban una vez más la grandeza de su corazón y de su pensamiento, y anécdotas curiosas.

La noche que habló Costa desde el balcón de su casa del paseo de Atocha, 21, á la muchedumbre que le había seguido después del mitin del Frontón Central, aconsejó que se impidiera la entrada del conde de Caserta en España, por considerarlo un ultraje.

Al otro día, la Prensa llamó esto, y comentándolo el maestro, dijo: —¡Esa lepra periodiqui!

Un día le preguntaron qué haría con los frailes, á lo que contestó:

—Solicitar diplomáticamente de Rusia facilidades para que se establecieran todos en Siberia.

Gustaba mucho de Madrid y del carácter de sus hijos, y le encantaba el Paseo de Atocha, donde vivió mucho tiempo, por la gran extensión de horizonte que desde allí se abarca.

Compraba á diario, y leía invariablemente, *El Imparcial* y *El País*, y con gran frecuencia *El Liberal*. Le molestaba mucho el *A B C*, y de antiguo, *El Universo* y *El Siglo Futuro*.

El bloque de las izquierdas sólo mereció de él un calificativo desdeñoso: —Eso es una broma.

Con motivo de que un registrador de la Propiedad, al pagar una peseta con destino á Costa, exigiese recibo, el maestro escribió:

«Las estadísticas cuentan en España más de medio millón de ganado asnal; pero somos más, muchos más.»

Un día decía ante una tertulia de amigos:

—Hace falta á España un látigo que ande.

Su delicadeza emotiva y sentimental era extremada, y no podía ver sin dolor que delante de él maltrataran á los animales.

A los niños les amaba tiernamente, y se extasiaba oyéndoles cantar y contemplando sus juegos.

Sabe muy poca gente en España que Costa firmó y publicó muchos trabajos suyos con el seudónimo *Mortus Quidam*.

Cuando hablaba en público, decía que iba á hablar con «campanillas y casca-beles».

El día que arrojaron al rey la bomba en la calle Rohan, de París, al saberlo, dijo Costa:

—Matarlo, no; destronarlo, sí, inmediatamente.

La música era una de las bellas artes á que más afición tenía.

Desde una noche que oyó cantar á Gayerre en el Real, no había vuelto al teatro.

El único miedo de Costa era el que tenía al tren.

Siempre que viajaba en ferrocarril le asaltaba el temor de que ocurriese un descarrilamiento ó un choque.

Constituía en él una especie de superstición inexplicable y rara en un hombre de su temperamento.

Era sobrio comiendo y no le seducían los manjares.

Lo que sí le gustaba muchísimo era el hielo, del que ingería grandes cantidades. También agua fría bebía mucha.

Una tarde fué á verle un periodista y le dijo:

—Maestro, tenemos que hablar muchísimo, muchísimo.

Y él contestó:

—Sí, tenemos que hablar muchísimo, pero no hablaremos nada.

Dividía á los abogados en tres clases, y decía que la tercera era la *morrala*, «la que él tenía el honor de pertenecer».

En una ocasión, después de una visita que le hicieron ciertos señores, dijo:

—Prefiero hablar con los muertos, es decir, con los libros; no quiero nada con los vivos...

Sonaba siempre con el problema de la miseria rural, y constantemente repetía:

—¡Ah, si les dieran á los labradores españoles las tierras baldías!

En una carta recientemente escrita, decía:

«Veo con gran pena las convulsiones del republicanismo, por la derecha, la izquierda y el centro.»

A propósito de la cariñosa insistencia con que el doctor Rosso, de Málaga, procuraba convencerle para que se trasladara á la capital andaluza, donde él le asistiría, Costa exclamó:

—¡Es curioso! Dice textualmente Rosso «que quiere curarme á mí para que yo salve á España». ¡Si me hubieran hecho caso!

En una carta escribió:

«Tengo la desgracia de haber nacido en un país de ladrones.»

Y en una cuartilla puso:

«El purgatorio es la finca que nada tributa y más produce.»

Le enviaron de regalo un borrego.

Se empeñó en devolverlo, y como le insinuaran que lo mandase á un asilo, dijo:

—No, porque se lo comerían los frailes y las hermanitas y no llegaría nada á los enfermos.

Hablando un día con un monárquico, dijo Costa:

—Le dividiría á usted en dos pedazos. Al monárquico le tiraría por la ventana, y con el amigo seguiría conversando.

Odiaba y despreciaba profundamente las llamadas aristocracias del dinero y de la sangre, y decía:

—¡Como si hubiera otra aristocracia que no fuese la de los inteligentes!

De intento hemos dejado para el final lo que nos ha contado ese amigo cariñoso que nos dió todas estas noticias, á propósito de su voluntad, de su deseo, para cuando muriera.

El insigne Costa tenía, desde hace muchos años, el presentimiento de que moriría pobre y olvidado, y hasta algunas veces manifestó que creía que los últimos momentos de su vida los pasaría en un hospital.

Cuando hablaba de esto, siempre añadía: —Cuando muera, que lleven mi cuerpo á la sala de disección; y después, sin pompa ninguna, que me entierren cerca de donde reposan los restos de Sanz del Río. Conste que ha sido contrariada su voluntad.

El Nuncio es un empleado del Papa en España al cual le pagamos nosotros.

Cuesta la Nunciatura al Estado 30.000 pesetas, que cobra el Nuncio; 11.500 pesetas, que cobra el abreviador, y 3.500 pesetas, que perciben los dos secretarios. Total, 45.000 pesetas, que perciben esos señores, cuya única misión es la de oponerse á toda obra liberal.

Costa y "La Palabra Libre."

Cuando Mariano de Cavia avisó desde *El Imparcial* que el coloso del Pirineo estaba á punto de morir olvidado, sumando á sus dolores la infinita amargura de no ver á su lado ni un discípulo, ni un amigo, nosotros sentimos en lo más íntimo de nuestro ser, allá donde se alberga el espíritu, la honda satisfacción de estar en contacto espiritual con el maestro, participando de sus penas y tristezas.

No hacemos referencia del sentimiento con que recibíamos las malas noticias sobre el curso de la enfermedad, porque nunca creímos que Costa muriera. No es hipóbole. Hay cosas que por razones fundamentales que la sinrazón crea, no se pueden creer, no se deben creer. Costa poseía una voluntad inductible é irreductible, y esperábamos que la muerte embolaría en ella el filo de su guadaña sin llegar á abrir la brecha.

Nuestro amor ferviente al más grande de los españoles contemporáneos nos hizo llegar á creer que lo que había en él de espiritual y extrahumano llegaría á fusionarse con la envoltura material en tal forma que haría á la materia su esclava, partiendo con ella el privilegio de su inmortalidad.

La realidad, la cruel realidad nos hizo descender de las regiones de la quimera al mundo de los hechos positivos. ¡Costa murió! Su cuerpo, cubierto por un manto de tierra, vive nueva vida, y la energía que, sacudiendo su cerebro, le hizo lanzar bramidos de huracán ante las desdichas de la Patria, ha vuelto á diluirse en el espacio infinito hasta que, concentrándose nuevamente en un ser ó en un mundo, prosiga su obra creadora.

De él nos quedan artículos, discursos y libros en los que hemos recogido odio bastante para condenar lo pasado y enseñanza suficiente para preparar el porvenir. En esos escritos que guardan todo el espíritu de Costa, nos hemos inspirado, en ellos hemos buscado orientaciones y, desde nuestro primer número, cuando aún no producía inquietudes la enfermedad que minaba la salud del maestro, hemos publicado trozos de sus discursos y de sus libros, convencidos de que, divulgando las ideas que encierran, hacemos más obra revolucionaria que todos esos ridículos demagogos que pretenden deslumbrar á las multitudes con el espejuelo de sus estudiadas rebeldías. A él acudimos demandando consejo cuando empezábamos á publicar el periódico, y en la misma cama, de la que no había de levantarse más, nos escribió esta carta autógrafa, en la que vemos, más que un tinte de gloria, un estímulo para el trabajo:

Señores de LA PALABRA LIBRE.

Queridos amigos: Recibí la carta de ustedes acompañada del semanario, que he leído y me gusta.

Mis dolencias se han recrudecido. Estoy en cama cuando les escribo y por esta razón no puedo mandar el original que me piden. Cuando esté mejor lo haré con mucho gusto.

Mientras tanto pueden tomar algo de mis obras, si les parece bien.

Les saluda afectuosamente,

Joaquín Costa.

Gran, 21 Diciembre 1910.

Con esa carta que hemos copiado venía algo que nos hizo temblar de emoción. Al rasgar el sobre cayeron sobre la mesa de trabajo unos papeletos de color violeta. Eran sellos de correos por valor de 75 céntimos. Costa hacía ese donativo á nuestro periódico sin consignarlo siquiera en su epístola. Y en esa suma pequeña admiramos toda la grandeza de aquel hombre que estando agobiado por los sufrimientos físicos y por el dolor moral de verse abandonado de todos, aún destinaba los últimos céntimos que encontró al alcance de su mano para ayudar á una publicación que con fundamento suponía escasa de recursos. En esos amargos momentos en que por natural egoísmo toda atención se concentra en los propios dolores, Costa se acordaba de los que luchaban por la libertad de la Patria, de su Patria, y conocedor de los obstáculos con que tropiezan los caballeros del ideal, ponía á su disposición cuanto tenía: esos sellos, que tienen para nosotros un valor extraordinario, porque son, más que nada, una frase alentadora y una aproba-

ción dada á nuestra obra humilde por un maestro tan excelso como él.

Por eso cuando Cavia censuraba á los que, debiendo saberlo, ignoraban el estado de Costa, nosotros sentíamos la interior satisfacción del deber cumplido. Nosotros no le habíamos olvidado, estábamos en contacto con él y nos contábamos en el corto número de españoles que seguían con anhelo el curso de la enfermedad que ha llevado al sepulcro á la más potente mentalidad de la raza.

Hoy, que el maestro ha muerto, creemos que no se debe perder el tiempo en impotentes lloriqueos. Hay que aprovecharlo en llevar á la práctica sus ideas, enseñando á las gentes en sus doctrinas intransigentes y demoledoras.

Para conseguirlo divulgamos desde nuestras columnas trozos de sus libros, y dentro de nuestra esfera modesta y limitada, inclinaremos al pueblo para que estudie sus libros, seguros de que en ellos encontrará firmemente trazado el camino más corto para salir de tanta ignominia y de tanto vilipendio.

El mejor monumento que podemos dedicar á Costa es hacer de España una patria libre, próspera y feliz.

CRONICA SOCIAL

Los concejales proponen

y el Sr. Cobián dispone.

FEBRERO

26

1786. — Muere Arago, astrónomo francés (1)

DOMINGO

El Concejo madrileño acordó en una de sus últimas sesiones crear un impuesto sobre los solares; la idea no podía ser mejor, primero, porque se veía un medio de arbitrar recursos, y segundo, porque era un medio de que el ornato público se

arreglara, pues la mayoría son verdaderos focos de infección ó criaderos de toda clase de avechuchos.

El Sr. Cobián, ministro de Hacienda, lejos de aprobar la proposición de los representantes del pueblo, la reprocha; ¿en qué se funda el ministro para no admitir la moción? Fácil es contestar: En que al ministro le importa muy poco la crisis obrera que padecemos. En que debe importarle muy poco que los obreros se mueran de hambre con tal que los propietarios de solares los puedan utilizar obteniendo una renta saneada, sin necesidad de tributar al Estado, como hacemos los que sólo dependemos de un misero jornal; baste por hoy, pues no queremos suponer que al señor Cobián le haya llevado á tomar tan absurda resolución el que él tenga solares en Madrid.

VARIAS NOTICIAS DE MADRID

Arte de Imprimir.—La Directiva pone en conocimiento de los asociados que, sin perjuicio de dar cuenta en su día á la general, ha acordado que el derecho al socorro de enfermo empiece á contarse desde el día de la presentación en secretaría del oficio solicitando el socorro, y que éste no comenzará á percibirse hasta que el certificado médico esté en poder de la Directiva.

También advierte á los compañeros que el asociado que no esté al corriente cuando caiga enfermo, no adquirirá el derecho al socorro hasta pasados ocho días de pagados los cupones que adeude.

De higiene.—Sobre la tuberculosis dió el pasado sábado, el doctor Núñez Hernández, una conferencia en la Casa del Pueblo.

Para conseguir nuestro propósito—dijo el conferenciante—se precisa que los trabajadores, por medio de la organización, reclaméis de los Poderes públicos el más

(1) (Del «Calendario Obrero» de J. J. Morato.)

exacto cumplimiento de las leyes de sanidad, sólo de este modo conseguiremos el premio de la labor que viene realizando el Cuerpo médico del Dispensario de María Cristina.

El numeroso público obrero que llenaba el salón de actos premió con aplausos la labor del doctor Núñez Hernández.

Reuniones.—Las que se celebrarán en la Casa del Pueblo, Piamonte, 2, en los días y horas que á continuación se expresan, son las siguientes:

Salón grande.—Día 26, nueve mañana: Desmontistas; tres tarde: Unión Ultramarina; nueve noche: Juventud Socialista. Día 27, cinco y media tarde: Pavimentos; diez noche: Vinos y Licores. Día 28, nueve noche: Comisión de Centros.

Salón pequeño.—Día 26, nueve mañana: Obreros en hierro; nueve noche: Zapateros. Día 27, nueve noche: Zapateros. Día 28, ocho noche: Albañiles.

Salón terraza.—Día 26, nueve mañana: Moldeadores en metal; tres tarde: Repartidores de carne; nueve noche: Escuela Nueva (conferencia). Día 27, diez noche: El Gluten. Día 28, nueve noche: Cooperativa Socialista.

PROVINCIAS

Santander.—Han triunfado los compañeros de la mina titulada «Paulina»; el despótico gerente tuvo que doblegarse ante el delegado de la Sociedad minera, que reconoció el derecho que asistía á los obreros.

Ferrol.—El ingeniero Sr. Miur, de la Compañía constructora, creía fácil jugar con los obreros que tenía á sus órdenes, y por tanto trataba de imponer un destajo que, de ser aceptado, hubieran salido perjudicados nuestros compañeros; reconociéndolo así, han acudido á la huelga, que triunfa y recomendamos la solidaridad.

Teba.—El Centro Obrero «Adelante» se ha trasladado á la plaza de la Constitución, número 7.

Las huelgas.—Bilbao.—Continúa el conflicto, y con más gravedad entre las Artes Gráficas, los obreros han presentado unas bases que no han sido admitidas; el gerente amenaza con que la empresa liquidará el negocio.

N. HEREDERO

LA MONARQUÍA

CONTRASTES

Durante la semana anterior D. Alfonso ha paseado frecuentemente á caballo ó en automóvil por la Casa de Campo; asistió á las representaciones de la Comedia, del Real y de la Princesa; jugó al «polo»; recibió varias visitas; tomó un te en el palacio de la infanta Isabel, y visitó la casa de los estudiantes.

Por todo esto le ha correspondido á él y á su familia:

	Pesetas.
Al rey.....	136.115
A su hijo mayor.....	9.750
A su esposa.....	8.750
A su madre.....	4.850
A su tía Isabel.....	4.850
A su tía Paz.....	2.926
A su tía Eulalia.....	2.926
A su hermana María Teresa.....	2.926

Total en buena moneda de oro y sin descuento..... 173.093

El diputado provincial Sr. Gil y Gil, en la última sesión celebrada por la Diputación provincial de Zaragoza, pidió que con toda urgencia se adoptaran las medidas necesarias para impedir la emigración, que empieza á desarrollarse en los pueblos de Aranda, Perujosa, Moncoso y otros muchos de gran importancia.

El vecindario de Calceña persiste en la emigración, porque el crédito de 22.000 pesetas concedido por el Gobierno no resuelve la situación precaria de los vecinos, y

además los trabajos que se han de realizar con dicho crédito son fuera del término municipal.

El vecindario, incluso las mujeres y niños, recorrieron las calles del pueblo pidiendo pan y trabajo.

El alcalde pretendió calmar los ánimos y prometió á los manifestantes que pediría el dinero necesario al Gobierno para resolver el conflicto del hambre.

En Tiernós se ha celebrado una importante manifestación para pedir al Gobierno que se les conceda á los labradores el pago de la contribución después de la recolección de los frutos.

La miseria en todos estos pueblos es enorme.

Los maestros españoles pensionados en el extranjero no han cobrado su pensión en este año, y algunos de ellos han sido despedidos de la casa de huéspedes.

El estado intransitable en que se hallan las carreteras de Pego, Gandía y Grao ha obligado á suspender las operaciones de recolección, confección y embarque de naranja y demás productos de exportación é importación.

Con tal motivo se ha colocado á esta región agraria en la peor de las situaciones, pues no tardará en dejarse sentir el hambre en numerosos hogares.

Sólo el no poder exportar la naranja, deja sin trabajo y sin pan á 1.500 familias.

TODOS CONFORMES

Se ha probado que el rey dictó el sábado 25 el decreto sobre el Banco, y se ha probado también que el Consejo de ministros determinó no cumplirlo, porque violaba una ley. (De España Nueva, periódico republicano.)

«De todo ello» resulta: 1.º, que el rey dictó el sábado por la mañana, un decreto, y sus ministros acordaron el mismo día por la tarde no cumplirlo; 2.º, que el rey, que por la Constitución es el encargado de la ejecución de las leyes, dispuso, por Consejo y bajo la responsabilidad de un ministro, que no se cumpla la relativa á la emisión de billetes del Banco de España, y 3.º, que el Consejo de ministros acordó proponer á las Cortes la derogación de la tan cacareada ley de 1902, sobre la que tanto se ha escrito y hablado, sin duda porque desde que se dictó no ha sido más que un papel mojado, pues nada de lo que ordenó se ha cumplido.» (De El Correo, periódico monárquico.)

Mal, muy mal anda eso, y en que anda mal estamos todos conformes.

CORRESPONDENCIA

J. F.—Mérida.—Recibidas 1,20.
P. S.—Mérida.—Idem id.
J. B.—Barcelona.—Idem 3,35. Conformes.
P. D. F.—Los Santos.—Idem 6 pesetas. Remito colección.
A. M.—Arévalo.—Remito números pedidos.
F. B.—Madrid.—Recibidos sellos.
F. S.—Ecija.—En esta redacción creemos que esa es la verdadera orientación del partido republicano; opinamos que los *fulanismo*s son y han sido la causa de no tener en esta desgraciada patria restaurada la República. Nuestra enhorabuena al partido republicano de Ecija, y nuestra gratitud hacia usted, que tanto y tan desinteresadamente trabaja por el periódico: Remito colección.
C. M.—Escarfuela.—Recibidos sellos. Remito números 6 y 10. Cuando le falte algún número no remita su importe; nosotros se lo enviaremos gustosos. Se llamará atención Correos sobre el caso.
M. B.—San Sebastián.—Remito 3 del 11 y tomo nota aumento.
B. F.—Gijón.—Remito carteles. Gracias.
B. R.—Pamplona.—Recibidas 4,50.
J. G.—Uclés.—Idem 2,40. Remito colección.

Rogamos á los señores que nos honran con la suscripción, que, para evitarnos perjuicios, procuren no enviar en sellos cantidades que excedan de una peseta, haciéndolo en libranza de la prensa, giro mutuo ó sobre monedero.

En caso de no haber otro medio que los sellos, mándense de 5 y 10 céntimos.

Admitimos donativos en tanto no se consolide económicamente el periódico.